

El texto brinda un análisis profundo de algunos problemas de estética musical que Nietzsche presenta intermitentemente en su obra. Entre ellos, la crítica de la ópera, la crítica de la interpretación “historicista” de la música antigua y el análisis de Beethoven. A su vez, el autor presenta una doble afirmación en la crítica a Wagner: el no-wagnerianismo del clasicismo y la música antigua, y el anti-wagnerianismo de Bizet. En este punto, Picó Sentelles desarrolla las diferencias entre romanticismo y clasicismo, como términos técnicos antes que históricos en la interpretación nietzscheana de la música, así como también los matices de la revalorización de Bizet, Mozart, Haydn, Palestrina, Beethoven.

De todos modos, la preponderancia en el análisis de las obras tempranas, a partir del cual tiende puentes hacia los últimos escritos, proyecta un matiz quizás excesivamente dualista en la interpretación del resto de las obras, manteniendo, más allá de todos los reparos que el autor señala, una lectura fuertemente schopenhaueriana de la música y de su vínculo con la verdad. En este sentido, si el exhaustivo comentario de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* y de *El nacimiento de la tragedia* es apoyado con fragmentos de textos posteriores, es a fin de establecer fuertes líneas de continuidad en puntos fundamentales como la afirmación de una verdad radical fuera del lenguaje. En este sentido, si la música aparece como el reverso del lenguaje en términos de lo “verdadero” en las primeras obras, el autor lee este gesto en toda la obra nietzscheana, como si en todos los casos, el reverso “verdadero” de un lenguaje “falso” fuera la música. Esta verdad radical sería ese bajo continuo, aparentemente no escuchado, que es para Picó Sentelles la música en la obra de Nietzsche.

*Guadalupe Lucero*

– Jean-Luc Nancy, *El olvido de la filosofía*, trad. Pablo Perera Velazamán, Madrid, Arena Libros, 2003, 111 pp.

El *sentido* se ha vuelto casi una obsesión para Jean-Luc Nancy, sus escritos transitan una y otra vez esta problemática, desenvuelven sus pliegues y se extienden a modo de piel que se deja erizar al solo tacto de los aconteceres de una época siempre difícil, la presente, la nuestra. Si bien en los últimos 20 años Nancy ha elaborado una noción de *sentido* que rompe las fronteras discursivas en las que habría sido confinado y fluye en la dirección de *lo táctil*, *lo sentido-sensorial*, en *El olvido de la filosofía* sólo roza tales desarrollos, pues su urgencia es mostrar cuáles son las condiciones actuales que han llevado al filósofo a sentir la necesidad de liberar al sentido de sus ataduras con el sistema de la significación y dejarlo disponible para albergar el *instante*. Hacia 1986 (año en que el libro es publicado por vez primera) es un hecho cotidiano que el pensamiento filosófico proclame o lamente toda clase de fin: del hombre, de la filosofía, de las ideologías. El esquema propuesto para sanar lo que se concibe como herida abierta en el seno occidental será el del “retorno a” un sentido pasado, el verdadero fin/meta que no alcanzamos por habernos dejado despistar por alguna trampa

de la historia. En este planteo, todo se juega en cuál será *el* sentido al cual se tiene el deber de retornar; de ésto se ocupan con fruición los que creen conocer la dirección en que se debe avanzar. Pero algo huele mal, resulta demasiado sencillo, demasiado gratificante para los faros del pensamiento que se enriquecen con sus alforjas repletas de frases hechas y consejos tranquilizadores a costa del desconcierto ajeno. Pero el filósofo es obstinado, porque el acto filosófico lo es, de lo contrario, *no piensa*. Y hay que obstinarse también en los lugares comunes, comprender sus *motivos* –en su doble acepción, conocer a qué responden pero también saber *escuchar* sus insistencias, sus repeticiones sintomáticas. Como se sabe, para volver contra sí una simpleza no hay nada mejor que *tomarla en serio* y enfrentarla consigo misma, se sacude así la modorra del pensamiento, se lo fuerza a pensar. Así pues, Nancy es nuestro Virgilio en el infernal cuerpo –no sólo filosófico– occidental, nos invita a recorrer el “esquema del retorno”, nos obliga a *leernos* e intenta “hacer justicia a lo que acontece en el presente”.

En principio nos muestra las consecuencias de este esquema. Por una parte, la crisis se concibe como algo pasajero que no altera lo *esencial*: la verdad se halla en-otra-parte y nos aguarda. Lo cual incita la exigencia de retornar a ese sentido inmune al paso del tiempo, escondido en la profundidad de la historia o del lenguaje, es decir que se debe ignorar este presente y comenzar nuevamente en-otro-tiempo. Nancy nombra esto último como el *gesto retroactivo* que consiste en “negar y afirmar la historia simultáneamente”, delatando su carácter histórico precisamente cuando intenta corregir la historia en que se inscribe. Con talante nietzscheano, el pensador responde con la propuesta de realizar una *fisiología del pensamiento*: “diagnosticar de qué sufre este cuerpo filosófico infectado, cómo funciona aun”. Pues es cierto que hay una necesidad epocal de habérselas con el *retorno*, pero es el modo de tratar esta *necesidad* lo decisivo: hay un “retorno *de*” que se ocupa en reflexionar sobre la *esencia* del retorno –meditación que J. Joyce ejemplifica en su *Ulises*, que tiene a Nietzsche como emblema y que también Nancy hace propia–, tematizando con lucidez la compulsión por lo *idéntico* que un “retorno *a*” lleva a cabo. Pues el esquema del retorno deviene perverso cuando simplemente declara que “hay pasado que no ha pasado: Hegel, la muerte de Dios, el proletariado, Auschwitz”, y lo hace cada vez que ofrece retornar a algún punto del pasado donde la catástrofe de perder el *sentido verdadero* aconteció. El *retorno a* siempre adquiere la figura de un retorno al sentido como *significación*. Si ésta es entendida como aquel *mal metafísico* que es la necesidad de postular una instancia donde residiría la verdad que trascienda este mundo-aquí –denuncia nietzscheana que no cesa de hacerse oír– este texto puede leerse como una re-elaboración de aquella “historia de un largo error” del pensador alemán, que sería aquí la “historia de la significación”. La invención de fantasmas tramundanos es lo que ha enfermado a Occidente, y es pertinente aquí el preguntar de Nancy: “¿conviene desprenderse de los efectos del fantasma mediante el fantasma?”. No otra cosa receta el *esquema del retorno* al insistir en la existencia de una cura en el orden de la significación. Una vez que Occidente se significa a sí mismo como *desorientado*, como nacido de una pérdida, no puede sino ensayar un retorno a sí mismo que sólo podría ser anterior a sí mismo... gesto inútil

en que el pensamiento pide la redención a un dios muerto: pues la pérdida es sólo una significación más, y la significación se define por presentar la presencia del sentido a *distancia*. Pero porque la significación no agota el sentido, porque sólo se afana en cerrarlo sobre sí sin lograrlo nunca, es que la *historia de las significaciones* es lo que se ha agotado, ya sólo muestra el vacío de sus proyectos –Verdad, Humanidad, Democracia– y termina en el *nihilismo*, pues “la realidad de este tiempo está en la cesura que inscribe por todas partes la falla abierta de la significación (Guerra Mundial, exterminio, explotación, hambre, arte, literatura, filosofía)”. Pero aunque la significación se sepa *insignificante*, nosotros aun constatamos que “hay sentido”, aun “se vive”. Esto es lo que resulta inaudito: agotados de asistir al espectáculo de las mediaciones que infinitamente dejan escapar el sentido (siempre en estado de proyecto, siempre objeto de deseo), nos sentimos abandonados a nosotros mismos, sentimos que “somos el sentido” de un modo que no requiere ya ser significado, sobrecodificado, puesto a distancia de sí mismo. Se trata de una presencia que adviene antes de toda significación y que no es material disponible de ningún pensamiento, el *elemento* simultáneamente “empírico y trascendental, material e ideativo, físico y espiritual”, sin procedencia, incausado. Y aquí es cuando Nancy entrega lo más inquietante de su pensar, al elaborar una noción de “exposición” que alude al modo de estar *nosotros* en el mundo, compartiendo el asombro de ser la *comunidad expuesta al sentido* –y no la de la comunicación de significaciones–, el *nosotros* que no busca otra instancia de realización que el presente en el que ahonda infinitamente. *Nosotros* que no puede confundirse con ninguna sociedad de humanistas –pues el Hombre en tanto significación también ha sido abandonado– y que sin embargo nos convoca, sin proponernos rasgos identificatorios. *Nosotros* que tan sólo nombra “el plural que no multiplica un singular, sino que singulariza una dispersión común, material y espiritual”.

Las páginas en que Nancy recorre la historia del pensamiento occidental, con un gesto ciertamente nietzscheano, son suplementadas con un valioso ensayo de Pablo Perera Velazamán –que obra también de traductor–, donde se recorre el extenso e intenso ejercicio del pensamiento nancyano, lo cual ayuda a poner en perspectiva este texto respecto de las problemáticas en las que Nancy se ha venido instalando desde hace ya más de treinta años de ininterrumpido trabajo.

Noelia Billi

– Jean-Luc Nancy, *La mirada del retrato*, trad. Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, 96 pp.

– Jean-Luc Nancy, *El intruso*, trad. Margarita Martínez, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, 54 pp.

En los dos escritos breves que nos ocupan, Nancy da muestras una vez más de su capacidad para exponer las torsiones que los vaivenes de la actualidad infieren a los temas clásicos del pensamiento filosófico. Quizá no sea del todo errado proponer que, a través de la diversidad de sus tonos, estos textos se